

Cioran el humorista

[Bruno Mesa]

1

Silogismos de la amargura, *La tentación de existir* o *Del inconveniente de haber nacido* son, como pronostican sus títulos, libros que tienden a la decapitación y la sátira, escritos por un filósofo con aspecto de boxeador, un diestro de mano pesada, un tipo contundente, que no necesita subir la defensa, alguien poco sutil para entrar en el juego de la alegoría con las armas de Swift o Rabelais, pero con suficiente talento como para hacernos creer en un señor cabizbajo, doctor en pesimismo, solitario y corrosivo. Y nada como los señores cabizbajos, corrosivos y pesimistas para producir un humor involuntario, áspero, que se queda zumbando en la conciencia como una mosca en el aire de un verano.

Sabemos que cualquier libro de Emil Mihai Cioran es un manual de introducción al pensamiento depresivo, sabemos que los abismos le resultan apetecibles y las agonías le pierden, pero a muchos de sus lectores y comentaristas no les gusta considerar la idea, quizá porque la juzgan indigna, de un Cioran en forma de disolvente humorístico, alguien que ausculta nuestra naturaleza y solo diagnostica enfermedades crónicas, alguien que nos ve arrastrarnos cuando caminamos, alguien que brinda con carcajadas agónicas y descubre en cada esquina de nuestra historia una putrefacción o una demencia. En fin, a Cioran, muy a su pesar, se le debe leer como a un nihilista que encontró en el humor ese impulso último para seguir sacándose libros de la cabeza.

Veamos algunos ejemplos de ese humor recalcitante. En *Breviario de podredumbre* asegura que si quieres que tu vida sea apasionante no debes darle sentido: déjala así, confusa, natural, estúpida. En *La tentación de existir* ejecuta

a la filosofía occidental de un solo tajo, con un golpe seco, sanísimo, que trae aire fresco y deja algunas extremidades por el suelo. En *Silogismos de la amargura* ataca a Nietzsche, al que sin duda se lo debía casi todo, apartándose de las poses de Zaratustra y sus metáforas estruendosas. Pero también escribe en ese libro: «El sofá, ese gran responsable, ese promotor de nuestra alma». Parece la frase inicial de un relato de Juan José Arreola. O escribe: «Diariamente converso en privado con mi esqueleto, y eso jamás me lo perdonará mi carne.» Cualquier otro, un Domingo Rivero, un Pessoa, un Unamuno, hubiera conversado consigo mismo, así, directamente, pero a Cioran no le divierte escribirlo de esa manera. Él necesita algo fúnebre, y entonces descubre al esqueleto con el que se pasa las tardes de charla. Ese diálogo con esqueleto podría encabezar alguno de los artículos zumbones de Huxley o de Camba, pero tal y como nos lo ofrece Cioran, como una cosa que va hundiéndose en el vacío, sin desarrollo, teoría o justificación, solo se puede ingerir por la vía de la ironía aforística.

El rumano sabe que su pensamiento en caída no le da otra opción: hay que hacer un humor descarnado, como un espectro que danza y nos ofrece su sonrisa petrificada. En un texto de *Silogismos de la amargura* se dirige a Europa, porque Cioran no se conforma con cualquier interlocutor, y a veces reclama continentes, humanidades y dioses. Piensa Cioran que Europa está acabada, y se lo dice a la cara, pero luego añade que aún le queda a la senil Europa una última oportunidad de fascinar al mundo: desmoralizar a las otras civilizaciones, propagar su pestilencia. También se entretiene en ese libro degollando a los sistematizadores, esos amigos de la catástrofe. También ruega imprecisión, suplica inexactitud, demanda incertidumbre. Él es el primero que sabe que su deseo no se

cumplirá. Es pedir demasiado a esos animales que sonrían al mismo tiempo que exterminan.

La muerte era para él catarsis, nitidez y libertad. Es decir, algo aburridísimo. No hay humor en ella, no hay vicio, no hay error. Con la muerte no se puede hacer nada. Por eso nos recomienda evitarla mientras podamos, darle la espalda, pasar de largo ante los tentadores puentes. El suicidio es el camino fácil y por ese camino no puede encontrarse placer ninguno, mientras que la vida es absurda e incierta, es decir, extrañamente divertida. Es una carretera espantosa, llena de cuevas y precipicios, pero hay que atravesarla y disfrutar con sus agonías e infelicidades. Duele concluir que Cioran era un vitalista.

Una vitalidad de funerario, eso sí, llena de masoquismos y tósigos. A Cioran lo devoraban el tedio, el absurdo y la inutilidad de toda acción. Es difícil equivocarse pensando así, y la felicidad necesita de la mentira íntima para existir. Cioran tuvo que recurrir al salvavidas del humor para seguir respirando. Es verdad que su humor es despiadado, lívido, estremecedor, pero no por eso es menos hilarante.

Quien se detiene en la contradicción suele estar en el filo del humorista, porque alguien que convive con el dolor, acepta la desesperación y no le quita la cara al absurdo, necesita alguna válvula de escape. En una entrevista publicada póstumamente Cioran se esfuerza por fotografiarse en mitad de la contradicción:

Siempre he vivido en medio de contradicciones y nunca he sufrido. Si hubiera sido un sistemático, tendría que haber mentido para encontrar una solución. Ahora bien, no solo acepté ese carácter insoluble de las cosas, sino que incluso encontré en ello cierta voluptuosidad, la voluptuosidad de lo insoluble. Nunca busqué reunir o, como dicen los franceses, conciliar lo irreconciliable. Siempre tomé las contradicciones como venían, tanto en mi vida privada como en teoría. Nunca tuve una meta, nunca busqué ningún resultado.

En sus libros alza más la voz y nos habla de animales que deshonran a los animales, timadores con metafísica, funcionarios que se atribuyen un orden o segregan una fe. En los dos casos la comedia es la misma: son muy pocos los que aceptan incorporar una interrogación a sus vidas.

La interrogación pesa como una conciencia limpia. No se puede ser presidente de un banco con una interrogación en la cabeza. Hay que dar órdenes, acelerar desahucios, acumular beneficios a cualquier precio. Las interrogaciones sobran.

En la misma entrevista cuenta una anécdota con cementerio al fondo, cambiando de tono pero no de paisaje.

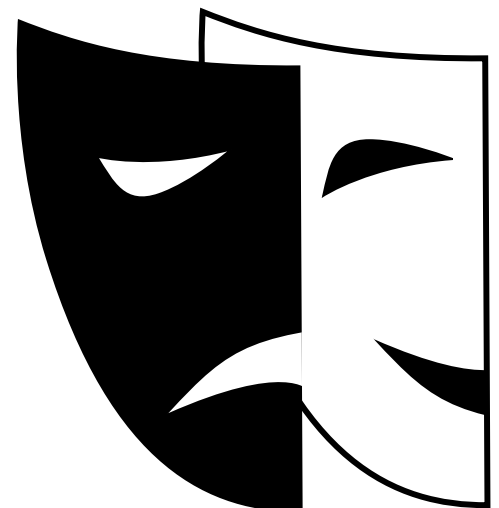
Toda vida, creo, está, en el fondo, condenada a la contradicción. Quisiera contar algo un tanto idiota: uno va a un cementerio —es un hecho banal— y se entera por una lápida que un amigo, con quien había estado riendo unos días antes, ha desaparecido sin dejar rastro, ¿cómo se puede, después de eso, construir un sistema? ¡Para mí es inconcebible! Uno de mis conocidos, a quien yo quería mucho, un judío polaco, un hombre muy interesante y simpático, con quien yo había bromeado acerca de todo —él era mucho más nihilista que yo— pero... ante su tumba, para mí era, ¿cómo decirlo...?

Sí, ¿cómo decirlo? No hay nada que decir allí, excepto eso. Para construir un sistema uno tiene que tener una fe ciega y ridícula. Hay que ponerse trascendente. Hay que ocupar el vacío con hipótesis. Es mucho mejor el humor, que es lo que hace Cioran sin que nos demos cuenta.

Es verdad que la suya es una sonrisa devastada, llena de negligencias dentales y sufrimiento, pero nunca deja de ser humor. La desesperación suele ser uno de los caminos naturales para llegar hasta él. Escritores como Ennio Flaiano o Jorge Ibarguengoitia hacían cada día ese viaje ante un papel.

2

Pensaba Paul Feyerabend que los científicos necesitan de una teoría del error, de un sistema que les permita comprender que la verdad nunca se alcanza. Afirmaba que la historia de la ciencia demuestra que el desvío del método, la infracción y el accidente son los que han permitido a



la ciencia avanzar. Feyerabend comparaba esta teoría que enseñase a los científicos a evitar los errores con cualquiera de los manuales que enseñan a cantar, amar o boxear. En *La velocidad de las cosas* un acelerado Rodrigo Fresán defendía la misma idea, pero aplicada al oficio de escribir: «Nuestro oficio no es más que el constante y cada vez más perfecto ejercicio del error». Escribir, pensar, investigar, no son más que formas del error, equivocaciones que alguna vez, no sabemos bien cómo, se acercan a la verdad y se vuelven necesarias para el lector.

Cioran pensaba que el error era lo natural en todo ser humano. Es la mentira nuestra de cada día, la única oración que no debemos olvidar. Basta con creer que aciertas para que todo se corrompa. Para sobrellevar ese error hay que guardar las distancias con la verdad, y esa distancia es el prólogo del humorismo.

Como todo humorista, Cioran era un destructor: quería derribar cualquier idea de utilidad, colapsar las arquitecturas de la verdad, ahogar el cuerpo de cada filosofía. ¿Para qué tanta destrucción? Para hablar sin tapujos del misterio de existir, de nuestra inevitable ridiculez, de la trivialidad de todo.

En *Silogismos de la amargura* cuenta que le propuso a su profesor trabajar sobre una *Teoría general del llanto*. ¿Qué clase de alumno bromista o desquiciado te hace esa propuesta? No vas a encontrar bibliografía, repuso el profesor. No se preocupe —concluyó Cioran—, la Historia me respaldará.

3

Si hay una cosa que abunda en su obra son definiciones, todas cortantes, lapidarias, irremediables. En su caso, definición equivale a ejecución. Sin saberlo escribió Cio-



ran un libro que es hermano de *El diccionario del diablo* de Bierce. Solo necesitamos un escrupuloso antólogo que se dedique a ordenar esas definiciones ahora repartidas por sus libros.

Hagamos un viaje por su repertorio a modo de entrevista imaginaria.

—¿Podemos hacer algo, Emil?

—No hagas nada. Da igual cruzarse de brazos que sacar el arma. Cualquier acto es inútil.

—¿El mundo?

—Un matadero.

—¿El intelectual?

—Un exacto resumen de todas las deformidades y vicios. Un tipo que cuando se aburre de dudar se lanza de cabeza en la piscina climatizada de los dogmas.

—¿Algún placer?

—Sufrir el apetito de muerte, degustarlo cada mañana junto con el desayuno.

—¿Las palabras?

—Una caridad y un engaño.

—¿La estupidez?

—Mejor orientada podría ayudar a la producción de obras maestras.

—¿Oficio?

—El aullido.

—No sé, ¿la antropología?

—Una mezcla de zoología y psiquiatría.

—¿La locura?

—La esperanza de la lógica.

—¿Ser?

—Una falta de pudor.

¿No hay detrás de ese fusilamiento general un humorista disfrazado de nihilista profesional? Cioran, por mucho que se empeñara, no podía dejar de ser un socarrón melancólico, un irónico afligido, un satírico que usaba una pistola con silenciador llamada filosofía.

No hay tragedia que no pueda derivar hacia la comedia, ni drama que no pueda dar vueltas en la bobina frenética del humor. Cioran supo como pocos el ridículo de lo solemne, la ingenuidad de los mitos, la cómica torpeza de las leyes. Saberlo no le impidió caer muchas veces en el ridículo.

Hablando de la literatura griega escribe Leopardi en sus *Pensieri* que lo verdaderamente cómico, lo sustancioso en el humor, es mostrar el cuerpo del ridículo. Ese fue el oficio de Cioran: representar lo grotesco cotidiano, reírse de cada doctrina, iluminar esa barraca de feria donde se exhiben los monstruos, una barraca que abre sus puertas día y noche. En esa barraca nosotros somos a un mismo tiempo los espectadores y los monstruos. ■ ■